

COORDINADORAS

CRISTINA GÓMEZ ÁLVAREZ
JOSEFINA MAC GREGOR GÁRATE
MARIANA OZUNA CASTAÑEDA

1810, 1910:

Reflexiones sobre dos
procesos históricos.
Memoria

UNAM
FFL

CRISTINA GÓMEZ ÁLVAREZ
JOSEFINA MAC GREGOR GÁRATE
MARIANA OZUNA CASTAÑEDA
COORDINADORAS

1810, 1910:
REFLEXIONES SOBRE DOS
PROCESOS HISTÓRICOS.
MEMORIA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

CRISTINA GÓMEZ ALVAREZ
JOSEFINA MAC GREGOR GARATE
MARILINA OZUNA CASTAÑEDA
COORDINADORAS

1810, 1910:
REFLEXIONES SOBRE DOS
PROCESOS HISTÓRICOS
MEMORIA

Primera edición: 2010
2 de septiembre de 2010

DR © 2010. UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO
Avenida Universidad 3000,
Universidad Nacional Autónoma
de México, C.U.,
delegación Coyoacán,
C. P. 04510, México, D. F.

ISBN 978-607-02-1576-6

Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio sin autorización escrita
del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

La guerra de Independencia y la fortificación de Yanhuitlán¹

ALEJANDRA GONZÁLEZ LEYVA

“Al principio de enero de 1812, los insurgentes de la Mixteca se encontraron con bastantes fuerzas para ir a atacar a Régules en Yanhuitlán, pueblo considerable y rico de aquella provincia, cuya parroquia, convento antes de dominicos, tiene todo el aspecto de un castillo, como todos los conventos é iglesias de esa época de la Conquista, destinados, [...] á servir de defensa contra las irrupciones de los indios”.²

Así se expresaba Lucas Alamán del conjunto conventual de Yanhuitlán. Creía que el edificio había sido construido para defenderse de los indígenas en el siglo XVI. Nada más lejano de la realidad, toda vez que los recintos frailesco, esos que para él tenían “el aspecto de un castillo”, se comenzaron a levantar más de veinticinco años después de la caída de México-Tenochtitlan; es decir, a mediados de la centuria, cuando los naturales estaban completamente sometidos, cuando los hijos y los nietos de los conquistados se habían cristianizado. Tampoco se erigieron de la noche a la mañana, sino durante varias etapas y a lo largo de décadas. Tal es el caso del inmueble dominico de Yanhuitlán, que contó con trece fases constructivas, la primera de las cuales se inició en 1550 y la última concluyó con las adecuaciones y muros agregados durante la guerra de Independencia de México.

¹ Este trabajo es un avance de los proyectos de investigación Conacyt U 47642-R: Yanhuitlán, construcción, historia y arte de un convento dominico y PAPIIT IN403606-2: Yanhuitlán, epicentro de las artes. Ideología y dominación en la Mixteca alta, cuya responsable es Alejandra González Leyva.

² Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*. México, FCE/Instituto Cultural Helénico, 1985 (Clásicos de la historia de México), t. III, p. 239.

El pueblo de Yanhuitlán, desde el posclásico, formaba parte de una ruta que conducía el tributo de la Mixteca hacia México-Tenochtitlan, y que hacía un recorrido desde Huitzio, Nochixtlán, Yanhuitlán, Huajuapán y Acatlán. Después de la conquista española ese mismo trayecto se siguió utilizando como camino real que unió las ciudades de Puebla y Oaxaca. El conjunto conventual de Yanhuitlán, situado en ese recorrido, fue un punto estratégico durante la guerra de Independencia,³ ya que se usó alternadamente como fortificación realista e insurgente desde 1812 hasta 1821.⁴

En efecto, el realista José María Régules Villasante se estableció en el convento de Yanhuitlán con el objetivo de controlar el paso del camino real de Puebla a Oaxaca, y en espera de la acometida de los insurgentes Manuel Bravo y Valerio Trujano. Los dominicos convivieron con los soldados y el edificio religioso sirvió de fortificación por primera vez en enero de 1812. La obligación del jefe realista era detener la avanzada insurgente hacia la ciudad de Oaxaca y, para amenazar a los posibles partidarios de aquéllos, fusiló al alcalde del pueblo que, según rumores, pretendía pasarse a las filas contrarias. Los enfrentamientos entre uno

³ José Antonio Gay, *Historia de Oaxaca (1881)*. México, Porrúa, 1986 (Sepan cuantos, 373), pp. 444-450; Lucas Alamán, *op. cit.*, pp. 239-245. Con el grito de Independencia del 15 de septiembre de 1810, los representantes del ayuntamiento de Oaxaca, así como el obispo don Antonio Bergoza y Jordán juraron fidelidad al rey Fernando VII y maldijeron a los insurrectos. José López de Lima, José María Armenta, Juan Tinoco y José Catarino Palacios fueron los primeros cuatro insurgentes decapitados en las canteras oaxaqueñas. El dominico fray Ramón Casaus, prelado auxiliar, mediante un poema, amenazó con una muerte semejante a aquellos oaxaqueños que quisieran liberarse de la metrópoli. El bando reaccionario, para salvaguardar los intereses de la Corona y los suyos propios, armó la brigada de Oaxaca al mando de Francisco Paris que en varias ocasiones se enfrentó a las tropas de Morelos. Mientras tanto, Miguel Bravo y Valerio Trujano se encargaron de levantar a los mixtecos contra los realistas, que a su vez enviaron al militar José María Régules Villasante a someterlos. El obispo Bergoza, que había obtenido su promoción al arzobispado de México, antes de salir de Oaxaca, aportó sus propios recursos para financiar la guerra y formar un batallón eclesiástico denominado burlescamente de la "Mermelada", por sus uniformes morados.

⁴ Los realistas dieron empleo y reclutaron para sus ejércitos a vecinos del pueblo de Yanhuitlán, según indican los documentos del AGN, Operaciones de guerra, vol. 103, ff. 79-99, cartas donde se hace una compañía de patriotas en Teposcolula y Yanhuitlán del 4 de diciembre de 1810 al 17 de septiembre de 1811.

y otro bando tuvieron lugar en el cementerio del recinto, que en aquel entonces se localizaba en lo que fuera el enorme atrio. La victoria fue de Régules, que teniendo como base militar el convento, luchó con denuedo en otros pueblos de la Mixteca alta. Los insurgentes, sin embargo, no se dieron por derrotados y volvieron al ataque. En esta ocasión a Miguel Bravo y a Valerio Trujano se unieron Nicolás Bravo y un sacerdote de apellido Mendoza que, al mando de cuatro mil hombres, juraron —como los Horacios— vencer o morir en Yanhuitlán. El sitio inició con la colocación de nueve cañones dirigidos hacia el convento, así como con el trabajo de los llamados “tuseros” que perforaron los campos para entrar por debajo de los cimientos a la improvisada fortificación. Durante los días 11, 12, 13 y 14 de marzo de 1812 los insurgentes atacaron continuamente el convento. Sin embargo, detuvieron la embestida y el 15 de marzo del mismo año marcharon a Cuautla a ayudar a Morelos. Valerio Trujano continuó la lucha en la Mixteca alta y luego en la baja, al tiempo que los realistas fueron condecorados con una medalla que decía “Defensa distinguida de Yanhuitlán”.⁵ Los daños al convento seguramente fueron incalculables. Quizá los cañonazos insurgentes destruyeron la barda atrial —convertida en muralla—, las torres, el remate de la portada, contrafuertes y quién sabe cuántos paramentos más. Aún hoy es posible ver las huellas de balas que horadaron los sillares de cantera del ala sur del conjunto conventual; empero, cabe la posibilidad que los rastros tengan que ver con batallas posteriores o con el sitio elegido para fusilar a los enemigos.

El convento de Yanhuitlán continuó siendo un emplazamiento realista. Ahí se reunían las fuerzas dirigidas por Régules para seguir los pasos a los insurgentes, pero sobre todo a Valerio Trujano, quien abriría las puertas de la Mixteca a Morelos en su avance a la ciudad de Oaxaca. En efecto, si bien el convento dominico de Yanhuitlán sirvió como fortificación realista, Trujano creó en el recinto, también dominico, de Huajuapán la fortificación insurgente. Ahí, Régules llevó sus tropas y rompió fuego sobre la plaza a la que sitió del 5 de abril al 23 de julio de 1812, día este último en que Morelos, acompañado de Guerrero, los Galeana y los Bravo, hizo huir a los contrarios. Con el quebranto de

⁵ J. A. Gay, *op. cit.*, pp. 450-453 y L. Alamán, *op. cit.*, pp. 239-245.

las tropas realistas en Huajuapán, Régules, mal herido, decidió abandonar Yanhuitlán y retirarse a Antequera. Morelos tenía el paso libre por el camino real, sin embargo, la estrategia bélica le hizo llegar a la ciudad de Oaxaca por el camino de Cuicatlán y no por el de Yanhuitlán, como se tenía planeado.⁶

Después de la toma de la ciudad de Oaxaca, como es bien sabido, Morelos quiso hacerse del fuerte de San Diego de Acapulco, y durante el trayecto pasó por Yanhuitlán donde permaneció ocho días, desde el 15 hasta el 23 de enero de 1813. En esa plaza dejó a Mariano Matamoros con su tropa.⁷ Sin embargo, ésta se trasladó a Tehuantepec por órdenes de Benito Rocha, delegado de Morelos en la ciudad de Oaxaca, para combatir a los realistas guatemaltecos al mando de Manuel Dambrini el 19 de abril de 1813. Después de vencer y perseguir a Dambrini en Tonalá y ponerlo en fuga, Matamoros regresó a Oaxaca, donde fue aclamado por su victoria. Luego, el 16 de agosto, Matamoros se instaló nuevamente en el convento de Yanhuitlán con el propósito de resguardar el camino real de los asaltos del bando adverso y continuó ahí hasta fines de ese año en que Morelos le ordenó trasladarse a la hacienda de Puruarán.⁸ No se sabe si Matamoros dejó una pobre partida de soldados en Yanhuitlán o abandonó completamente el recinto, toda vez que éste fue recuperado por las tropas realistas que comandaba el brigadier Melchor Álvarez,

⁶ J. A. Gay, *op. cit.*, pp. 456-466 y Jorge Fernando Iturrubarría, *Oaxaca en la historia (de la época precolombina a los tiempos actuales)*. México, Stylo, 1955, pp. 130-131. Valerio Trujano murió cerca de Tepeaca, Puebla, en el rancho de La Virgen, que incendiaron los realistas. Morelos le dio sepultura en Tehuacán, antes de marchar hacia la ciudad de Oaxaca, por el camino de Cuicatlán. Antequera fue atrincherada, custodiada a capa y espada, pero las fuerzas insurgentes de Morelos rodearon la ciudad por el camino de Tehuantepec, al mando de un tal Montañón; por el fortín de la Soledad, a las órdenes de Ramón Sesma; y por el camino del marquesado, bajo la dirección de Matamoros y Galeana. Tomada la ciudad el 25 de noviembre de 1812, Morelos dispuso que los realistas Saravía, Aristi, Bonavía y Régules fueran fusilados en las mismas canteras en que ellos habían dado muerte a López, Armenta, Tinoco y Palacios. Asimismo, estableció un nuevo gobierno, renovó la artillería, el armamento, los uniformes de los soldados, organizó un batallón de infantería y un regimiento de caballería. Mientras tanto, el obispo Bergoza llegaba a la ciudad de México. Morelos salió de Oaxaca el 9 de enero de 1813, dejando en el mando a Benito Rocha.

⁷ J. A. Gay, *op. cit.*, p. 466.

⁸ *Ibid.*, pp. 467-469.

quien volvió a ocupar la ciudad de Oaxaca, hizo su entrada triunfal el 29 de marzo de 1814 y recibió el cargo de comandante general de la provincia de Oaxaca.⁹

No obstante la derrota de los insurgentes en Oaxaca, éstos continuaron la lucha en la Mixteca al mando de José Herrera, Manuel Terán y Ramón Sesma. Los dos primeros fueron designados por Ramón Rayón y el otro por Juan Rosains. Morelos envió también a Vicente Guerrero a defender la zona con lo cual se generaron enfrentamientos entre éste y Sesma en la búsqueda del liderazgo militar.¹⁰ Más tarde Guerrero tuvo la comisión de defender la Mixteca baja y Sesma la alta. Este último obtuvo triunfos y derrotas sobre los realistas que continuaron fortificándose en el convento de Yanhuítlán, bajo la dirección de Manuel Obeso.¹¹

La fortificación realista de San Fernando (1815)

Tanto los insurgentes como los realistas se dieron a la tarea de construir fortificaciones para su defensa. Así, por ejemplo, Rosains construyó un fortín en forma de estrella alrededor de la iglesia y el cerro del Campanario en Teotitlán del Camino, Oaxaca, en 1814. Este reducto insurgente detuvo el 10 de octubre del año siguiente a los realistas que estaban bajo el mando de Melchor Álvarez.¹²

⁹ *Ibid.*, pp. 472-483. Los insurgentes empezaron a perder la ciudad de Oaxaca y con ella la Mixteca, a partir de que Morelos y luego Rayón enviaran a Benito Rocha a situarse en Tehuacán, y dejaran en su lugar a don Juan Moctezuma, cura de Songolica, y sobre todo desde que los miembros de la Junta de Zitácuaro nombraran capitán general de Oaxaca a Ramón Rayón el 18 de enero de 1814. En efecto, el virrey Calleja, al darse cuenta de que ni los pueblos de indios estaban de acuerdo con la administración de Rayón en Oaxaca, envió un batallón al mando de Melchor Álvarez para recuperarla. Rayón y los insurgentes huyeron a la fortificación de Huajuapán dejando la plaza desamparada para que Álvarez entrara el 29 de marzo. Ramón López Rayón combatió contra los realistas en diferentes pueblos de Oaxaca, Puebla y Veracruz, pero no volvió a recuperar la ciudad de Oaxaca.

¹⁰ AGN, Infidencias, vol. 156, exp. 2, 19 de abril de 1817.

¹¹ J. A. Gay, *op. cit.*, pp. 484-491. Manuel Obeso cobraba altas cuotas a los vecinos de Yanhuítlán para la manutención de las tropas.

¹² *Ibid.*, pp. 493-494.

Así también el mismo Melchor Álvarez ordenó la construcción de la fortificación de San Fernando en el pueblo de Yanhuitlán en 1815, con la intención de proteger los convoyes que se trasladaban por el camino real. El nombre quizá tuvo que ver con el del rey Fernando VII. Según el plano del fuerte, el conjunto conventual de Santo Domingo quedaba encerrado en la muralla, a la cual se dio la forma de un rectángulo asimétrico con resaltos en recuadros y en picos en las alas oriente y poniente, así como en los ángulos sureste y noroeste, y chaflán en el suroeste.

La fortificación tenía múltiples aspilleras; es decir, aberturas para disparar y al mismo tiempo proteger a los tiradores desde el interior. Había un foso adosado al muro que seguramente estuvo lleno de agua, cuya intención era dificultar el acceso de la artillería e inundar los túneles que hicieran los "tuseros" para penetrar por debajo de la guarnición. Cada una de las esquinas de los recuadros parecía punta de flecha y, según el plano, constituían los baluartes donde se colocaba la batería que apuntaba frontalmente y cubría el foso de las agresiones del enemigo. El baluarte principal era el de San Rafael, que quedaba casi en el eje de la portada oeste del templo y de la portería del convento. Defendía las cortinas de la izquierda, impedía acercarse al pueblo por el frente y custodiaba el camino de Teposcolula. Tenía parapetos más altos que el resto de la muralla para protegerse mejor de las balas y artillería de los insurgentes. El siguiente baluarte era el de San Miguel que flanqueaba los muros de la derecha y la izquierda. Continuaba el baluarte denominado Casa de Zevallos, por atrás de la iglesia. El "ángulo saliente fortificado" del sureste poseía altísimos parapetos y un puente que podía abrirse y cerrarse. Otro puente levadizo y único paso para cruzar y salir de la fortificación era el del centro de la cortina sur.¹³ El cementerio o atrio del lado norte se aprovechaba como plaza de armas; o sea, el espacio de reunión de las tropas y escenario de las ceremonias militares.

En el interior de la fortificación, es decir, en el convento, en el que fuera hospital, se hicieron agregados de muros y tapiados de vanos para utilizarse como estancias de los guardias. A éstas se subía por una escalinata masiva y un pasillo, en eje del vetusto mirador.

¹³ AGN, Operaciones de guerra, vol. 53, exp. 13, f. 121, catálogo de ilustraciones número 2 622. Ian How, *The History of Fortification*. Londres, Orbis, 1981.

La portería del recinto se usaba como cobertizo donde se hallaba el centinela. Las cañoneras estaban quizá en la sala capitular, ya que ésta tiene ventanas que pudieron funcionar como tales, y el plano hace alusión a que se encontraban en la ante sacristía, y la sala capitular precisamente colinda con la sacristía.¹⁴

Las acotaciones del plano de la fortificación de San Fernando también se refieren al polvorín, “capilla o almacén de pólvora y artillería”, que pudo haber estado en la sala de *profundis*, toda vez que ésta es una larga nave que tiene continuidad con la capilla que forma el actual baptisterio. Así también, en el plano se menciona la localización de la iglesia, los patios interiores, la sacristía, el estanque o aljibe y el pueblo de Yanhuitlán. Empero no hemos podido localizar los espacios que ocupaban los pozos, la pila de agua donde se surtía todo el pueblo y que se secaba cuando se presentaba el enemigo, y tampoco “el parapeto con su bruma interior”.¹⁵

Probablemente el refectorio, la cocina y el frigorífico siguieron utilizándose para guardar, preparar y servir los alimentos. Quizá las viejas casas donde vivieron los frailes mientras se construía el convento hospedaron a gran parte de los soldados. Tal vez los jefes se alojaron en las antiguas habitaciones de los provinciales y en las seis celdas vacías del segundo cuerpo del convento, que no utilizaban los frailes.¹⁶

Aparte de los nuevos usos que los realistas dieron a varias dependencias del convento durante los años que les sirvió de fortificación y de que el área del hospital se habilitara como estancia de los guardias, a las que se subía por una escalinata construida *ex profeso*, hay que anotar que los muros agregados y los vanos tapiados fueron contruidos con ladrillos, mampostería ordinaria y cascajo. De las paredes añadidas

¹⁴ *Idem*. Las dos obras citadas anteriormente.

¹⁵ *Idem*.

¹⁶ *Cuestionario del señor don Antonio Bergoza y Jordán, obispo de Antequera, a los señores curas de la diócesis (1802-1804) que incluye el mapa de Bergoza y Jordán de 1804*. Introd. y paleografía de Irene Huesca, Manuel Esparza y Luis Castañeda Guzmán. Oaxaca, Archivo General del Estado de Oaxaca, 1984, pp. 166-170. Este cuestionario informa del uso que se daba a las diferentes dependencias del convento entre los años 1802-1804. Indica que en el convento había doce celdas y que sólo seis estaban habitadas, por lo que se infiere que las otras fueron utilizadas por los soldados.

sólo quedan restos y de las cinco habitaciones que tenía el hospital no queda ni huella.¹⁷ Los vestigios evidencian varios paramentos en los que destacan dos por su mayor altura. Uno, al cual llega el pasillo que se inicia sobre la escalinata, presenta una chimenea y atrás de ésta se aprecia un arco cegado con ladrillos. Así también, el arco que comunicaba el patio común del convento con las azoteas de los dormitorios primigenios está tapiado. Hay también rastros de dos puertas pegadas a las paredes del convento y dispuestas frente a frente, lo cual indica su factura decimonónica, toda vez que este tipo de entradas afrancesadas fueron muy usadas en México durante ese tiempo. Al parecer no hubo más cambios y agregados en esa época o al menos ya no son perceptibles a los ojos.

La fortificación realista de San Fernando de Yanhuitlán, cuya construcción data de 1815, según se ha dicho, fue atacada y contraatacada por las tropas insurgentes a lo largo de 1815, 1816 y principios de 1817 sin que ninguno de los bandos se diera por vencido ni por triunfador. No obstante, la superioridad numérica del ejército realista hizo caer a Ramón Sesma el 1 de febrero de 1817.¹⁸ Este personaje pidió el indulto,¹⁹ y acompañó a Melchor Álvarez a sitiar Silacayoapan, que era uno de los reductos insurgentes en la Mixteca.²⁰

Cuatro años después, la fortificación realista de San Fernando tuvo que resistir todavía el último sitio que impuso el insurgente Antonio de León, del 5 al 16 de julio de 1821, antes de tomar la ciudad de Oaxaca.²¹

En el conjunto conventual de Yanhuitlán, las improntas de los espacios usados durante la guerra de Independencia fueron borradas por otras guerras, por el tiempo, por los arreglos que mandaron a hacer los funcionarios porfirianos y por los procesos de conservación de los siglos XX y XXI. De la fortificación realista de San Fernando tampoco queda nada, solo quizá el formato de la planta del atrio rehecho en 1882.

¹⁷ *Idem.*

¹⁸ J. A. Gay, *op. cit.*, pp. 495-501; AGN, Infidencias, vol. 156, exp. 2, 1 de febrero de 1817.

¹⁹ AGN, Infidencias, vol. 156, exp. 2, 11 y 19 de abril de 1817.

²⁰ J. A. Gay, *op. cit.*, p. 501; AGN, Infidencias, vol. 156, exp. 2, 7 de agosto de 1817.

²¹ J. A. Gay, *op. cit.*, pp. 504-508 y J. F. Iturribarria, *op. cit.*, p. 137.

